

Poder Patriarcal: la primera "P"

Los actos individuales de violencia de los hombres ocurren dentro de lo que he descrito como "el triángulo de la violencia masculina". La violencia de los hombres contra otros hombres y a la interiorización de la violencia, es decir, la violencia de un hombre contra sí mismo.

INVOCAR. De hecho, las sociedades dominadas por hombres no se basan solamente en una jerarquía de hombres sobre las mujeres, sino de algunos hombres sobre otros hombres. La violencia o la amenaza de violencia entre hombres es un mecanismo utilizado desde la niñez para establecer ese orden jerárquico. Un resultado de ello es que los hombres interiorizan la violencia, sin que ellos al menos la amenazar de niños y hombres aprendan a utilizar selectivamente la violencia, sino que bien, como veremos más adelante, a transformar una gama de emociones en ira, la cual ocasionalmente se torna en violencia dirigida hacia sí mismos, como ocurre, por ejemplo, con el abuso de sustancias y las conductas autolesivas.

Esta triada de la violencia de los hombres—cada forma de violencia ayudando a crear los otros—ocurre dentro de un ambiente que nutre la violencia: la organización y las demandas de las sociedades patriarcales o dominadas por hombres. La violencia también es tejida en estas ideologías y estructuras por la sencilla razón de que las sociedades patriarcales o dominadas por hombres han ayudado a conferir a los hombres (como grupo) un rico gama de privilegios y formas de poder. En tal contexto, la violencia o la amenaza se convierten a la vez, en un resultado y el medio hacia un fin.

La tercera "P": Permiso

Indiferentemente de las complejas causas sociales y psicológicas de la violencia de los hombres, ésta no prevalecería si no existiera en las costumbres sociales, los códigos legales, la aplicación de la ley y ciertas enseñanzas religiosas, un permiso explícito o tácito para ejercer la violencia contra las esposas o la violencia sexual con esposas o no existentes; en muchos otros, las leyes apenas son aplicadas; y en otros más hay leyes absurdas, como en los países donde una denuncia de violación sólo puede ser perseguida si existen varios testigos masculinos o donde no se toma en cuenta el testimonio de la mujer.

Los actos de violencia de los hombres o la agresión violenta (en este caso, usualmente contra otros hombres) son celebrados en los deportes y el cine, en la literatura y la guerra. La violencia no sólo es permitida, también se glorifica y se recompensa. La raíz histórica es misma de las sociedades patriarcales es el uso de la violencia como un medio clave para resolver disputas y diferencias, ya sea entre individuos, grupos de hombres o, más tarde, naciones.



MICHAEL KAUFMAN, Ph.D.
EXTRAÍDO DEL TEXTO:
LAS SIETE "P'S DE LA VIOLENCIA
DE LOS HOMBRES.
HYPERLINK
"<http://www.michaelkaufman.com>
"<http://www.michaelkaufman.com>

La Percepción de Derecho a los Privilegios: la segunda "P"
Si un hombre golpea a su esposa porque ella no tuvo la cena a tiempo sobre la mesa, no la hace sólo para asegurar que no vuelva a ocurrir; también una indicación de que percibe tener el derecho a que alguien le sirva. Otro ejemplo es el hombre que ataca sexualmente a una mujer durante un momento de placer sexual que percibe tener el derecho al placer físico, aun cuando ese placer sea enteramente unilateral. En otros palabras, tal que conducen a la violencia, sino una percepción consistente o a menudo inconsistente del derecho a los privilegios.

La cuarta "P": La Paradoja del Poder de los hombres

Las formas en que los hombres hemos construido nuestro poder social e individual son, paradójicamente, la fuente de una fuerte dosis de temor, aislamiento y dolor para nosotros mismos. Si el poder se construye como una capacidad para dominar y controlar, la capacidad de actuar en forma "poderosa" requiere de la construcción de una armadura personal y de una temerosa distancia respecto de otros. Si el mundo mismo del poder y la construcción de un mundo de la infancia infantil y el sustento emocional, entonces estamos creando hombres cuya propia experiencia del Poder está plagada de problemas incapacitantes.

Esto ocurre particularmente porque las expectativas interiorizadas de la masculinidad son en sí mismas imposibles de satisfacer o alcanzar. Las inseguridades personales conferidas por la incapacidad de pasar la prueba de la hombría, o simplemente la amenaza del fracaso, son suficientes para llevar a muchos hombres, en particular cuando son jóvenes, a un abismo de temor, aislamiento, ira, autocastigo, autoregredio y agresión.

Dentro de tal estado emocional, la violencia se convierte en un mecanismo compensatorio. Es la forma de reestablecer el equilibrio masculino, de afirmarse a sí mismo y afirmarlos a otros los creenciales masculinos de uno. Esta expresión de violencia usualmente incluye la selección de un blanco que sea físicamente más débil o más vulnerable (niño, niña, mujer, homosexual, inmigrantes, etc.)

Lo que permite la violencia como un mecanismo compensatorio individual ha sido una amplia aceptación de ésta como un medio para solucionar diferencias y afirmar el poder y el control. La han hecho posible el poder y los privilegios que los hombres han gozado, lo codificado en las creencias, las prácticas, las estructuras sociales y los leyes.

La violencia de los hombres en sus múltiples formas es, entonces, el resultado tanto del poder de los hombres como de la percepción de su derecho a los privilegios, el permiso para ciertas formas de violencia y el temor (o la certeza) de no tener poder. Pero todavía hay más.

La quinta "P": la Armadura Psíquica de la Masculinidad

La violencia de los hombres es también el resultado de una estructura de carácter típicamente basada en la distancia emocional respecto de otros. Tal como muchas personas hemos sugerido, las estructuras psíquicas de la masculinidad son creadas en tempranos pautas de crianza que a menudo son tipificadas por la ausencia del padre y de hombres adultos—o, al menos, por la distancia emocional de los hombres. En este caso, la masculinidad es codificada por la ausencia y construida al nivel de la fantasía. Pero aun en aquellos cultos patriarcales donde la presencia del padre es mayor, la masculinidad es codificada como un rechazo a la madre y a la feminidad, es decir, un rechazo a los cualidades asociados con los cuidados y el sustento emocional, esto crea rígidas barreras del ego o, en términos metafóricos, una fuerte armadura.

El resultado de este complejo y particular proceso de desarrollo psicológico es una habilidad disminuida para la empatía (la experiencia de sentir lo que otras personas están sintiendo) y una incapacidad para experimentar las necesidades y los sentimientos de otras personas como algo necesariamente relacionado a los propios. Los actos de violencia contra otra persona son, por tanto, posibles.

Masculinidad como una olla psíquica de Presión: la sexta "P"
No se trata sólo de que el lenguaje de las emociones de los hombres sea frecuentemente mudo o que nuestros antepasados emocionales y nuestra capacidad para la empatía están un tanto truncados. Ocurre también que numerosas emociones naturales han sido descartadas como fuera de límites e inválidas. Es en el campo de los deportes ensimismos a una temprana edad, a reprimir sentimientos de temor y dolor y que actúan como hombres. Algunos cultos celebran a los niños a ignorar el dolor. En casa los decimos que no lloren por supuesto, como humanos seguimos experimentando incidentes que provocan una respuesta emocional, sin embargo, para muchos hombres, la única emoción que goza de alguna validación es la ira. El resultado es que una gama de emociones es canalizada en la ira. Aunque tal canalización no es exclusiva de los hombres (ni es el caso para todos los hombres), en algunos hombres no son inusuales las respuestas violentas ante el temor y el sufrimiento, ante la inseguridad y el dolor, ante el rechazo y el menoscabo.

Esto es particularmente cierto cuando el sentimiento producido es el de no tener poder. Tal sentimiento sólo exacerbada las inseguridades masculinas: si la masculinidad es una cuestión de poder y control, no ser poderoso significa no ser hombre. De nuevo, la violencia se convierte en el medio para probar la contrario ante sí mismo y ante otros.

La séptima "P": Pasadas Experiencias

Demasiados hombres en el mundo crecieron en hogares donde la madre era golpeada por el padre. Crecieron presenciando conductas violentas hacia las mujeres como la norma, como la manera de vivir la vida. Para algunos, esto tiene como consecuencia una repulsa hacia la violencia, mientras en otros produce una respuesta aprendida. En muchos casos ocurren ambas cosas: hombres que utilizan la violencia contra las mujeres a menudo experimentan un profundo repudio por sí mismos y por sus conductas.

Para la frase "respuesta aprendida" es casi demasiado simplista. Los estudios han mostrado que ser una forma de recibir sanciones violentas tienen muchas más probabilidades de actuar violentamente. Tal violencia puede ser una forma de recibir atención; puede ser un mecanismo de manejo, una forma de exteriorizar sentimientos imposibles de manejar. Estos patrones de conducta van más allá de la niñez: muchos de los individuos que terminan en programas para hombres que utilizan la violencia fueron víctimas de abusos contra su madre o los sufrieron ellos mismos.

Las experiencias pasadas de muchos hombres también incluyen la violencia que ellos mismos han padecido. En numerosas culturas, aunque los niños pueden tener la mitad de probabilidades de los niños de experimentar abuso sexual, para ellos es doble la probabilidad de ser objeto de abuso físico. De nuevo, esto no produce un resultado fijo, y tales resultados no son exclusivos de los niños. Pero en algunos casos es posible lastimar a una persona amada y donde sólo las manifestaciones de ira pueden disminuir sentimientos de dolor profundamente arraigados.

PONIENDO FIN A LA VIOLENCIA

Este análisis, aunque presentado en una forma tan condensada, sugiere que cuestionar la violencia de los hombres requiere de una respuesta articulada que incluya:

- Desafiar y desmantelar las estructuras de poder y privilegios de los hombres y poner fin al permiso cultural y social hacia los actos de violencia.
- Redefinir la masculinidad TRADICIONAL o, más bien, desmantelar las estructuras psíquicas y sociales de género que traen consigo tal peligro. La paradoja del patriarcado es el dolor, la ira, la frustración, el aislamiento y el temor de la mitad de la especie, a la cual se nos dados un poder relativo y privilegios.

- A fin de llegar exitosamente a los hombres, este trabajo debe tener como premisas la compasión, el amor y el respeto, combinados con un claro desafío a las normas masculinas negativas y sus resultados destructivos. Los hombres que realizamos este trabajo debemos hablarles a otros hombres como si fueran nuestros hermanos, y no como extraños que no son tan iluminados o merecedores como nosotros.

- Organizar e involucrar a los hombres para que trabajen en cooperación con las mujeres a fin de dar una nueva forma a la organización basada en rígidos roles de género de la sociedad, en particular las instituciones y las relaciones a través de las cuales criamos niños y niñas, tanto en el hogar como en la escuela. Esto requiere dar un énfasis mucho mayor a la importancia de los hombres como sustentadores emocionales y cuidadores, plenamente involucrados en la crianza infantil en formas positivas y libres de violencia.

- Trabajar con hombres que ejercen violencia de una forma que simultáneamente cuestionen sus percepciones y privilegios patriarcales y llegue a ellos con respeto y compasión. No es necesario que nos guste lo que han hecho para actuar con empatía hacia ellos y sentir horror por los factos que han llevado a un niño a convertirse en un hombre que a veces hace cosas terribles. A través de tal respeto, estos hombres pueden, de hecho, encontrar el espacio para cuestionarse a sí mismos y unos a otros. De lo contrario, el intento por llegar a ellos sólo alimentará sus inseguridades como hombres para quienes la violencia ha sido su compensación tradicional.